CAPÍTULO UNO

¡Qué día!

Luna estaba desolada; de nada servían sus lágrimas melodramáticas. Djalma, profesor de Geografía sin alma, sin sentimientos (y sin pelo en la cabeza), no se compadeció ni un poquito de su llanto y no le dio el medio punto por el cual ella tanto imploró. Resultado final de esta historia: era su segunda nota roja en el bimestre, lo que le costaría un castigo monumental, como su madre ya le había advertido. Se quedaría sin fiestas, sin cine, sin playa y sin música por tiempo indeterminado. ¿Hay alguna tragedia mayor que esa?

Lo peor estaba aún por llegar. Al día siguiente, Luna tendría examen de Matemáticas –una asignatura que simplemente odiaba– y necesitaba estudiar mucho, mucho,

para aprobar. De lo contrario, tendría su tercera nota roja en el boletín, lo que significaba un aumento drástico del ya terrible castigo: la televisión, el shopping y la computadora también desaparecerían de su vida. O sea, tortura general, crueldad total.

Como si no fuera suficiente con el drama que vivía por sus calificaciones, Luna se enteró además de que el bonito de Pedro Maia, dueño de las pestañas más enormes, más lindas y más encantadoras del planeta, salía con la presumida de Lara Amaral, una chica que se creía todo de todo, pero que era nada de nada. Para peor, la chismosa de Bia Baggio (que algunas semanas era su mejor amiga, y otras, su peor amiga) desparramó por toda la escuela que Luna estaba envidiosa de su creatividad. Solo porque su blog mostraba unos *gifs* animados parecidos a los del blog de ella. Definitivamente, ese día no era uno de los más felices en la vida de Luna.

A la noche, mientras devoraba números, cálculos y fórmulas, sabía que en breve su madre llegaría del trabajo y le haría una escena, la nonagésima cuarta de la semana, al ver que su habitación seguía siendo el vivo retrato del caos, como si por allí hubiese pasado un huracán de los grandes. Prendas amontonadas encima del tocador, del escritorio y en el suelo, calcetines y zapatos desparramados por todos los rincones, CD fuera de sus cajas, papeles de caramelos encima del cubrecama, bandas para el pelo debajo de la cama, libros abiertos, lápices, bolígrafos

y revistas adolescentes por todas partes... A causa del desorden (y también del seguro castigo que recibiría), el clima entre ella y su madre no era nada bueno y la tendencia indicaba que empeoraría.

Eso fue exactamente lo que ocurrió.

–¡Ah, no, Luna! ¡No puedo creer que aún no hayas ordenado esta habitación! ¡Parece un chiquero!

–¡Tengo que estudiar, má!

–¡Ordena y después estudias! ¡Y baja ese volumen!

–La música alta me ayuda a concentrarme.

–¡Tonterías! ¡Baja ese volumen espantoso y ordena este desastre, ya!

–¡Pero hay mucho por ordenar; voy a tardar y me quedará poco tiempo para estudiar! Tú no quieres que me vaya mal en el examen de Matemáticas, ¿verdad?

–¡Espero que te vaya maravillosamente bien en esa prueba, porque tres notas rojas en el bimestre es demasiado para mí! Y sabes qué va a ocurrir si tu boletín llega con tres notas rojas, ¿no es así?

–Sí –gruñí–. Voy a recibir un castigo inhumano, cruel, el peor castigo que alguien haya soportado desde que el mundo es mundo.

Luna se levantó, irritada y empacada, y sin ganas, comenzó a ordenar la habitación bajo la mirada malhumorada de su madre.

–No me asustan las caras feas, para nada. Feo es el hambre –dijo su madre antes de salir del dormitorio.

Apenas cerró la puerta, la chica dejó de interpretar su papel.

Luna –chica de Zona Sur adicta al mango y al ping pong y alucinada por la luna (siempre le encantó que le pusieran ese nombre)– amaba su habitación, pero no le gustaba ordenarla. Solía decir que se entendía en su desorden. Su dormitorio no parecía el de una niña de 13 años, casi 14. Nada de rosa, nada de cortinitas con flores, de animalitos y muñecos bonitos de peluche. Todo allí era multicolor y pintado a mano por ella, que, a los 3 años, ya mostraba aptitud para manejar los pinceles.

Las paredes estaban decoradas con los cuadros que pintaba y la silla de madera junto a su cama también era "lunamente" colorida, como a ella le gustaba decir. Todo tenía su toque de artista: la cama, el armario, el cesto para papeles, inclusive el techo... La adolescente amaba pintar el número siete en la habitación que no era habitación: era la Casa de Luna, como decía la placa pintada por ella y colgada en la puerta. Más aún: la puerta estaba llena de lunas. Crecientes, menguantes, llenas... de varias formas, colores y tamaños.

Después de cenar, alrededor de las ocho y media, se conectó para participar de un animadísimo debate virtual con Nina Dantas (su mejor amiga número dos). El tema era Lara Amaral. Decían que Lara Amaral era una persona que no tenía idea de la vida, que era falsa y mentirosa, que era engreída. Se preguntaban cómo había conseguido salir con

el chico más lindo de la escuela –y, por eso, se había vuelto aún más engreída– y coincidían en que Lara Amaral parecía un chihuahua subalimentado. Así, Luna empezó a bromear con Nina acerca de los asquerosos sobrenombres que podrían ponerle a Lara Amaral, pero justo en ese momento su madre entró en la habitación sin tocar la puerta... una ofensa gigante para ella.

–Voy a desconectar esa computadora *ahora* si no ordenas esta habitación como corresponde y estudias.

–¡La invasión a la privacidad es un delito! –gritó Luna. Estoy haciendo la digestión, ¡no puedo estudiar con la panza llena! Estoy aprovechando este tiempo para tener una conversación importantíííísima con Nina, ¿no te diste cuenta?

–Importantísimo es el examen de mañana. ¿Ya terminaste de estudiar?

–No... –dijo Luna, cabizbaja.

–¿Ya arreglaste la habitación?

–No...

–¡Entonces, apaga esa computadora ahora!

–Todavía no terminé de hablar. Es solo un rato más, ya corto.

–Corta ahora, Luna. ¡Es una orden! ¿O quieres que me meta en la conversación y le diga a Nina que debes cortar para que tu madre pueda reprenderte?

Se tragó la rabia, inventó una excusa para terminar la charla, y desconectó la computadora.

–¡Tienes casi 14 años, hija! ¡Esto no puede seguir así! Tengo una vida ocupada, no puedo ser tu niñera, estar encima de ti todo el tiempo para ver si estás haciendo bien las cosas. ¡Eres una adolescente, casi una adulta, debes aprender a tener responsabilidades!

–¡Yo soy responsable!

–¡No sé en qué planeta! Haces todo mal, estás transformándote en una pésima alumna, te volviste desafiante, desobediente, agresiva... ¡y ahora peleas conmigo, justamente conmigo! ¡Nosotras que siempre nos habíamos llevado muy bien!

–Pero estás muy pesada. Me presionas demasiado.

–No estoy pesada, estoy preocupada. ¿Quieres repetir el año? ¿Quedarte con los chiquillos en vez de pasar a la misma clase que tus amigas?

–¡No voy a repetir; después recupero!

–¡Recupera ahora, Luna! ¡Quiero verte sumergir la cabeza en los libros, *ahora*!

–De acuerdo –se resignó la chica, algo triste.

–Pero antes ordena la habitación.

–¡Okey! –respondió ella, ahora molesta.

Luna no ordenó su dormitorio; solo dobló unas prendas que estaban encima del tocador y las dejó allí mismo. El libro de Matemáticas... Bueno, le pareció mejor estudiar. No quería quedarse sin fiestas, sin cine, sin playa, sin compras, sin música, sin computadora y sin televisión. ¡Eso sería espantoso!

Pasaron tres horas. Su madre tocó la puerta y entró:

–¿No ordenaste nada, Luna? ¡No puede ser!

–¿Cómo que no ordené, má? Ni siquiera te das cuenta de que doblé varias prendas que están encima del tocador, ¿no ves? ¡Qué pesada!

–¡Luna!

–La habitación es mía, el desorden es mío, tú no vives en mi habitación, ¿o sí? ¿Sabes por qué te preocupas tanto por mi desorden? Porque eres una aburrida que no tiene nada que hacer en la vida.

Silencio. Un silencio incómodo.

–Tú eras tan buena hija, Luna... tan buena hija... –dijo su madre, casi llorando, mientras salía de la habitación–. ¿En qué me equivoqué? ¿En qué me equivoqué?

No era una pregunta que esperara respuesta... Luna lo sabía. Su madre (que, dicho sea de paso, sí tenía cosas que hacer en la vida: trabajaba en una agencia de publicidad y era una buena profesional) salió con la mayor expresión de decepción y disgusto que ella jamás había visto. Por su culpa.

Qué problema. Un enorme problema. Luna no quería lastimar a su madre, pero en su fastidio terminó siendo demasiado dura con ella. Cuando se quedó sola de nuevo, se sintió culpable, inútil, mala hija, mala alumna, mala persona, irresponsable... todo mal. Y se había comportado en forma muy grosera con quien más quería en el mundo. Se puso muy triste. Y lloró bajito. Bajito y rapidito, porque

luego se sintió en la obligación de secar las lágrimas para volver a estudiar.

Hacia la medianoche, le pesaron los párpados y se quedó dormida con el libro de Matemáticas abierto sobre la cama.